

Por otra parte hará como trece años que rompiendo de un modo particular la imprenta toda especie de freno, está derramando á torrentes en las entrañas de los pueblos la ponzoña mas activa; que deponiendo los periódicos todo pudor, se han constituido los predicadores continuos de la mas escandalosa inmoralidad y de la impiedad mas repugnante; que el racionalismo ha hablado desde lo alto de las cátedras públicas sin vergüenza y sin crítica; que la ley sobre la instruccion primaria ha abierto la seducción á un mayor número de almas proporcionándoles el medio de leer todo lo que hay atrevimiento para escribir. Toda esta generacion nutrida con semejantes doctrinas no está todavía en el poder; mas dentro de algunos años se presentará en la escena, y estará en todas partes, y á todas partes transmitirá lo que ha recibido. . . De premisas como estas ¿se puede esperar logicamente la consecuencia de un regreso nacional hácia el catolicismo?

XVII.

En resumidas cuentas decimos, y lo decimos con el temor y el dolor en nuestra alma: Que desde el siglo XVI las tendencias nacionales de la Europa en materias de religion, de filosofia, de educacion y de política, nos parecen manifiestamente anticristianas. ¿Qué pensaremos, pues, del mundo actual? ¿en qué se afianza la fé en su porvenir? Sobre una de las siguientes bases: ó admitir que puede vivir sin el cristianismo, ó que vivirá bajo la influencia de un dogma nuevo, ó que volverá francamente al cristianismo. Hemos probado que de estas tres hipótesis las dos primeras son no menos absurdas que impías; solo, pues, queda la última. Y como acabamos de ver que á menos de un milagro de misericordia y de poder, que hiciera retroceder hácia su fuente el torrente del error que, hace trescientos años nadie ha podido detener, el mundo no volverá al cristianismo. ¿A dónde va, pues?

A la manera de un navegante, á quien arrojó la tempestad á unos mares desconocidos, pregunta con ancía á su brújula fiel para sa-

¿A DÓNDE VAMOS A PARAR? 14

predicacion continuas. Por espacio de veinte años recorre toda la Europa, y por espacio de veinte años la Europa entera se estremece y palpita al eco de su poderosa voz.

Predica en su lengua materna (el valenciano) y en todos los países es entendido. Sacerdotes y legos, reyes y pueblos, pecadores inveterados, Lázaros sepultados en la tumba, herejes, judíos, y mahometanos, todos se despiertan al eco retumbante de esta trompeta y salen, los unos del sepulcro del crimen, y los otros del sepulcro del error. El estupor y el entusiasmo hacen que vayan sucesivamente en pos de él diez, quince y aun veinte mil personas, que le siguen de una ciudad á otra no menos ansiosos que espantados de su palabra. En los veinte años de su apostolado el tema ordinario de sus sermones es el juicio universal: y él mismo anuncia al mundo *que ha sido especialmente enviado por el soberano Juez para anunciar la proximidad del último de los dias*, y como Pedro como Pablo, y como todos los grandes misioneros del cristianismo, presenta como pruebas de su mision los milagros mas estupendos.

Hallándose en Salamanca, ciudad por excelencia de teólogos y sabios, estaba apiñado á

su alrededor un pueblo innumerable [para oír al enviado del cielo. Como la muchedumbre no cabia en ninguna iglesia, se sube el Taumaturgo á una colina; y era escuchada su palabra con el silencio mas profundo. De repente levantando su voz: "Yo soy, dice, el ángel del Apocalipsis, que san Juan vió volar por medio del cielo, y que gritaba en alta voz: Pueblos, temed al Señor, y dadle gloria, porque se acerca la hora de su juicio." Al oír estas tan extrañas palabras, se levanta un gran murmullo de entre la muchedumbre, que lo califica de locura, de jactancia ó de impiedad. El enviado de Dios se para un momento fijando en el cielo sus ojos, y como arrebatado en éxtasis: luego continuando nuevamente, se exclama de nuevo con una voz mas fuerte: "Yo soy el ángel del Apocalipsis, el ángel del juicio final." El murmullo llega á su colmo. "Tranquilizaos, dice el mensajero celestial, y no os escandaliceis de mis palabras, porque vais á ver con vuestros ojos que yo soy lo que digo. Id al otro extremo de la ciudad, y en la puerta de San Pablo hallaréis una mujer muerta: traedmela aquí que la resucitaré en prueba de que san Juan ha escrito de mí."

Esta proposicion excitó un tumulto increíble. Sin embargo fueron algunos á la puerta indicada de la ciudad, donde en efecto hallaron una mujer muerta, y cogiendo el féretro se vienen á colocarle en medio del auditorio. Todos se acercaban para asegurarse por sí mismos que la mujer estaba verdaderamente privada de la vida. Verificado esto por millares de testigos, todo el auditorio lleno de estupor forma un inmenso círculo en derredor del cadáver. El ángel que ni por un momento ha dejado el sitio elevado en que se hallaba, se vuelve entonces hácia la difunta, y con voz poderosa le dice: "Mujer, en nombre del Señor te mando que te levantes." Al momento se levanta la difunta de su ataúd, y el ángel añade: "Ahora que puedes hablar, dí para la salvacion de todo este pueblo, si es verdad ó no que yo soy el ángel del Apocalipsis, encargado de anunciar al mundo la proximidad del juicio final?—Si, Padre, responde la muerta, vos sois ese ángel, si, lo sois verdaderamente."

Para colocar entre dos milagros ese glorioso testimonio, le dijo el Santo: "¿Quieres quedarte viva, ó morir otra vez?—De buena gana me quedaré en la tierra, respondió

"la mujer.—Vive pues." En efecto vivió un gran número de años, siendo un testigo vivo y muerto, dice un historiador, de este pasmoso prodigio, y de una mision todavía mas pasmosa (1).

No se crea que un hecho tan pasmoso sea una circunstancia por decirlo así desapercibida en la historia del hombre Dios, ó una particularidad contada únicamente por un historiador oscuro. Este hecho y la mision divina que confirma es de tal manera capital en la vida del Santo, y caracteriza de tal manera su apostolado; que en Italia (y tambien en España) veréis en todas partes que los retratos de este gran misionero le representan bajo la figura de un ángel, que vuela por medio del cielo, y no hay ninguno de los

(1) Il taumaturgo rivolto á lei dal pulpito disse: "Alzati nel nome del signore; é di adesso che puoi parlare: se lo sia l'angiolo dell' Apocalisse, che predica l'ultimo universale Giudizio?"—"Si voi siete quello, rispose la risorta donna, che si era alzata sul feretro, si voi siete quello apunto." Pose egli poi in arbitrio di lei, o il tornare á morire, o rimanere in vita; e avendo detto di vivere, rimanse al mondo per molti anni. *Vida del Santo, por Di Vineenzo Vittorta, c. 15, p. 77, edic. en 4.º de Roma, en 1705.—Testigo, dice Valdecedro, vivo y muerto de tan monstruoso prodigio.*

numerosos historiadores del Taumaturgo, que no cuente este prodigio con todos sus pormenores, y no le dé un lugar muy distinguido en su narracion. ¿Qué mas podrémos añadir? Informaciones, deposiciones de testigos jurados y pruebas de toda especie se emplearon para constatar la autenticidad del hecho. Y para coronacion de todas estas pruebas, la Iglesia, por el órgano del Soberano pontífice Pio II, ha tributado un homenaje solemne á la verdad de este gran suceso, y en la Bula de canonizacion reconoce al Taumaturgo por el ángel del Apocalipsis, diciendo con san Juan: "Tuvo las palabras del Evangelio eterno, para anunciar, como el ángel que volaba por medio del cielo, el reino de Dios á toda lengua, á toda tribu, y á toda nacion, y para manifestar la proximidad del juicio final (1)."

(1) Bulla Canonizationis.—No se trata aquí de una aplicacion arbitraria de las palabras de la sagrada Escritura. ¿No hubiera sido acreditar la impostura el caracterizar en un acto tan auténtico con expresiones semejantes á un hombre que se hubiese atribuido falsamente que era el ángel del Apocalipsis? véanse por lo demás todas las vidas del Santo, que son muchísimas: conocemos hasta catorce; pero solo nombra-

¿Quereis saber el nombre de este ángel? se llama san Vicente Ferrer (1).

¿No faltará quien nos pida: Si san Vicente Ferrer era el ángel del juicio, ¿por qué no se ha verificado el suceso luego despues de la prediccion? Pero es fácil la respuesta, y la daremos con otra pregunta. ¿Por qué la ruina de Nínive no se siguió inmediatamente despues de la predicacion de Jonás? Sin embargo Jonás era un verdadero profeta cuando decia: Aun cuarenta dias, Nínive sera destruida (2). ¿Por

rémós los Bolandistas, Valdecebro y Teoli que cita un grande número de historiadores distinguidos en apoyo del hecho de que nos hemos ocupado. *Libi 1, tract. 3 c. 28.* San Luis Bertran, del orden de santo Domingo, compuso una explicacion literal de la revelacion de san Juan, y manifiesta que tuvo su pleno cumplimiento en san Vicente Ferrer. *Tomo II, Serm. de san Vincentio.*

(1) No hay para qué admirarse de que el ángel del juicio final sea un hombre, y no una de las celestiales inteligencias. ¿No nos enseña el mismo Salvador que San Juan Bautista es el ángel anunciado por los profetas para prepararle los caminos? Comenzó "Jesus á hablar de Juan á las gentes: Este de es quien está escrito: Hé aquí yo envío mi ángel ante tu faz, que aparejará tu camino delante de tí." *Moth. xi, 10*

(2) Ioane, iii, 4.

ventura hay quien ignore las promesas y amenazas condicionales de Dios? la Escritura sagrada está llena de ellas. Es verdad que los pecados de los ninivitas merecian la ruina de su ciudad, y sin duda habia de caer sobre ella el castigo de Dios en el dia anunciado por el profeta; mas la penitencia de la ciudad culpable suspendió el azote, y Nínive no quedó destruída en el tiempo prefijado. Esta imágen exacta de lo que pasó en la época de la predicacion de san Vicente Ferrer, es la respuesta á la pregunta.

Cuando se conoce, dice Ricardí, los desórdenes y escándalos de toda especie, que en la segunda mitad del siglo XIV desfiguraban la faz del cristianismo, no se halla dificultad en admitir la mision divina del gran Taumaturgo, y de reconocerle por un primer Enoch, precursor del soberano Juez. Pero cuando por otro lado se oye el quebranto universal, que se eleva de todas las partes de Europa, y se ven la penitencia pública, el cambio prodigioso que se verificó al oír la terrible amenaza; al ver la cesacion del gran cisma de Occidente, que por sí solo era capaz de precipitar la fin de los siglos; en una palabra; cuando se considera todo lo que ha precedido y seguido al vuelo apostólico del hombre

de Dios al través de la Europa, se halla uno mas que dispuesto á creer que Dios, sin faltar á la verdad de la profecía, se dejó enternecer á ver una penitencia tan universal; como lo dejó entrever y esperar el mismo gran Apóstol en medio de sus amenazas formidables.

“Pero lo que fue suspendido entonces, ¿no podría verificarse ahora? Un castigo, que ha de llegar infaliblemente un dia, y que habria herido ya al mundo cuatro siglos atrás, si no le hubiese detenido una penitencia tan extraordinaria, parecerá increíble ó demasiado pronto cinco siglos mas tarde, cuando vuelve á provocarle una nueva época de corrupcion quizá mas profunda, y de una incredulidad ciertamente mas universal; época en particular, en que ni sueña el mundo en oponer al azote de Dios el poderoso baluarte de una conversion general, única que podria detenerle” (1)

Se ve, pues, que el plazo concedido al mundo penitente, no conmueve mas la certitud de la mision divina de san Vicente Ferrer, que la conversion de Nínive no puso en duda la del profeta Jonás.

(1) P. 14, 15.

Si á pesar de esto exigís que tenga un sentido mas literal y mas directo la prediccion del Angel del juicio, es fácil daros gusto. Se os presenta un anciano; si sabeis que pronto ha de atacarle una enfermedad mortal, y acabar con él; ¿no podrías con toda verdad decirle: Vuestra hora postrera se acerca? Este es el lenguaje que pudo hablar al mundo el gran Taumaturgo del siglo XIV: y así le habló en efecto y con toda verdad; porque estaban á punto de declararse unos síntomas de muerte, que nadie sospechaba: y el mundo *tocaba al principio de su fin*. La veracidad de esta respuesta se presenta tanto mas inatacable aun á los ojos de la razon, quanto que la historia entera de los siglos posteriores la comprueba con la mayor evidencia. Sin apartarnos de nuestro papel de relator vamos á someter á los hombres concienzudos la apreciacion de los hechos siguientes.

XIX.

Si ha dicho la verdad el Santo al anunciar la *proximidad* del juicio final, han debido presentarse después de su paso los signos precursores de la fin de los tiempos. Estos signos son de dos especies, unos *remotos*, y otros *próximos*. Los hay entre los primeros que están indicados por la tradicion, como son la caída del imperio romano, y el fin del reino de Mahoma, seguido del gran imperio antecristiano. Los otros se hallan consignados en la sagrada Escritura, como la predicacion del Evangelio en toda la tierra, y la apostasia general. Por lo que mira á los signos próximos, están mas bien reservados para acompañar, que para anunciar mucho tiempo antes la terrible catástrofe (1). Se cuentan dos principales: uno es la conversion de los judíos, y el otro la agonía de la naturaleza. De estos dos últimos, el segundo no se presenta todavía, el primero parece que empieza á despuntar ya.

[1] Riccardi, p. 16.

bér la altura en que se halla: así colocado el cristiano enfrente de ese terrible problema, demanda con solicitud á las tradiciones católicas el punto en que se halla el mundo en su carrera: y una voz parece le responde: *Estad sobre aviso, velad, y orad*, que se acercan los tiempos peligrosos(1). Le parece que ve sus señales precursoras en los sucesos contemporáneos, sucesos que vamos á exponer con la escrupulosa fidelidad de la historia. Es materia esta digna de ser meditada por los espíritus reflexivos, y al presentársela declaramos nuevamente como lo hicimos arriba que no aspiramos á que se nos tenga por profetas; no somos ni queremos ser sino relatores imparciales.

Primeramente, en esta separacion progresiva del cristianismo, que es el principio vital de las sociedades, el cristiano ve la señal de la decadencia del mundo, cosa que no le pasma, porque sabe que el mundo ha de aca-

(1) Marc. XIII, 33. — Hoc autem scitô quod in novissimis diebus instabunt tempora periculosa. 11
Timoth. III, 1,

bar (1). Aunque no puede ni tiene la presun-

(1) El mundo ha llevado siempre en su conciencia el decreto de muerte fulminado contra él, y sería inútil el anontonar los pasajes de los autores judíos y cristianos que dan testimonio de esta verdad, que han reconocido hasta los mismos filósofos paganos. H. ráclito creia que el mundo sería consumido un dia por las llamas, y que renacería de entre sus cenizas. *Simplicius. Com. in Aristot. lib. de Cœlo, lib. 1, c. 9.* Mas tarde los estóicos defendieron lo mismo, como nos lo asegura Ciceron, explicándonos su sentimiento con estas palabras: "Ex quo eventurum ut ad extremum omnis mundus ignesceret, cum, humore consumpto, neque terra alii posset, neque remearet aer, cujus ortus, aqua omni exhausta, esse non posset; ita relinqui nihil præter ignem, á quo rursum animante, ac Deo, renovatio mundi fieret." *Lib II de Natur Deor., n. 118.* Lucano lo expresaba igualmente en esta apóstrofe á Julio César:

Hos, Cæsar, populos, si unnc non userit ignis,
Uret cum terris, uretum gurgite ponti.
Communis mundo superest roguè.

Phars. lib. VII.

cion de fijar la época de la catástrofe(1), sabe que existe una tradicion que la coloca en el sexto milenarío del mundo, y que ha de haber signos precursores para auunciarla. Esta tradicion es respetable ya por su antigüedad, ya por los nombres que la sostiene: es comun á judíos y á cristianos, resume lo que han pensado sobre esto dos pueblos, ambos depositarios de las doctrinas primitivas, y se pierde en la noche de los tiempos.

Lo mismo dice Lucrecio:

Tria talia texta

Una dies dabit exitio; multosque per annos

Sustentata ruet moles, et machina mundi.

Lib. iv.

Ovidio recuerda la antigua tradicion.

Esse quoque in fatís reminiscitur ad fore tempus.

Quo mare, quo tellus, correptaque regia coeli

Ardeat, et mundi moles operosa laboret.

Metamorph. I.

(1) Ceria una presuncion temeraria y verdaderamente condenable, el querer determinar la época de la fin de los tiempos; porque el Señor ha dicho que ni aun los Angeles la conocen. *Matth. xxiv, 36.*

Entre los hebreos corria bajo el nombre de profeta Elías: "La casa de Elías, dice el Talmud, enseña que el mundo durará seis mil años (1)." Esta tradicion léjos de haber sido rechazada como una opinion infundada, ó como una fábula pueril, ha sido adoptada en la Iglesia, manifestándose desde los tiempos apostólicos, y haciéndose general entre los Padres y expositores, y contando en su favor entre otras á san Bernabé. "El sábado, dice, se encuentra nombrado desde el principio de la creacion; pues Dios hizo en seis dias todas sus obras; descansó el séptimo y lo santificó. Reparad, hijos míos, en estas palabras: Concluyó todas sus obras en seis dias, que significan que la duracion del mundo no ha de ser sino de seis mil años, término que ha fijado Dios á todas sus obras. Porque delante de él mil años son como un solo dia, asegurándonoslo él mismo y diciéndonos: El dia de hoy es como mil años delante de mí. Así, hijos míos, la duracion de todas las cosas será de seis dias, esto es de seis mil

(1) Docet domus Eliae: Sex mille annis erit mundus. *Talmud. Tract. Sanhedrin, Cap. Helec.*

“años. (1)” Tras de él viene San Justino, hombre apostólico, mártir y célebre apologista de la Religión en el reinado de Marco Aurelio.

“Segun varios pasages de la sagrada Escritura, dice, podemos conjeturar que es verdadero el parecer de aquellos, que piensan que será de seis mil años la duracion del estado presente de este mundo (2).” “Tantos miles de años durará el mundo, dice san Ireneo, cuantos se emplearon en su creacion, y lo que nos dice la Escritura que sucedió en aquel entonces, es una profecía de lo que ha de suceder en el porvenir (3).” Del mismo modo de pensar es

(1) Cap. xv, v 3-5.—Ya sabemos que la Epístola católica de san Bernabé no es contada entre las escrituras canónicas, que á ser así, estaria decidida la cuestion que nos ocupa. Pero sabemos que pertenece á los tiempos apostólicos, porque la citaron con grandes elogios Origenes, Clemente de Alejandria, etc.: sabemos además que Eusebio y san Gerónimo la atribuyen á san Bernabé, diciendo este último: “Esta carta puede servir mucho para la edificacion de la Iglesia, y con Eusebio creo que es parto legítimo de san Bernabé.” *Catalog.* n. 6: p. 106, t. IV,

(2) Quaest. ad orthodoxos, quaest. 71, vel ad gentes 71.

(3) *Advers. haeres.* lib. v, vers. fin.

san Hipólito mártir (1). “Habiéndose concluido en seis dias todas las obras de Dios, añade Lactancio, es necesario que continúe el mundo en el estado presente por espacio de seis mil años; porque el gran dia del Señor es de mil años, como lo indica el Profeta cuando dice: Ante vuestros ojos, Señor, mil años son como un dia (2).” Sobre aquellas palabras de san Mateo, *después de seis dias se transfiguró*, se expresa san Hilario de este modo: “Esta circunstancia de que el Señor se presentó revestido de su gloria después de un intervalo de seis dias, nos muestra y anuncia que después de la revolucion de seis mil años sucederá la gloria del reino celestial (3).”

Los dos mas sabios intérpretes de la sagrada Escritura, san Gerónimo y san Agustin, siguen la misma opinion, ó á lo menos nos la refieren sin rechazarla. Explicando esta palabra del Profeta, *mil años, Señor, son ante vuestros ojos, como el dia de ayer*, dice el primero: “Me parece que de este pasaje y de la Epístola de san Pedro ha venido la costumbre de considerar

[1] Apud Biblioth. phot. n. 202.

[2] *Inst. Div.* lib. vii, c. 14.

[3] In Matth. xvii.

“mil años como un día, de modo que como se hizo el mundo en seis días, se cree que no subsistirá sino seis mil años (1).” El segundo piensa del mismo modo, solo que da varios sentidos al texto en que se funda la explicación (2).

La cadena de esta antigua tradición se continúa con brillantes eslabones á través de los siglos. Bástenos nombrarlos: entre los Padres y los Doctores del Oriente y del Occidente se cuentan san Juan Crisóstomo, san Cirilo, san Hipólito, Anastasio Sinaita, san Isidoro, san German patriarca de Constantinopla, san Gaudencio obispo de Brescia, y otros muchos (3); y entre los expositores y escritores mas modernos: Sixto de Sena, Rábano, Serrario, el abad Joaquin, el célebre cardenal de Cusa, Pedro Bongo y otros en gran número (4). Nos contentaremos contra algunos de sus testimonios.

El piadoso y sabio cardenal Belarmino, martillo de los herejes del siglo XVI, después de haber trasladado el texto de san Agustín, que

[1] Ep. ad Cypr. 139.

[2] De Civit. Dei, lib. xx, c. 7.

[3] S. Gaud. Tract. x. Veanse las autoridades en *Corn. & Lapid. in Apoc. xx, 6.*

[4] Ibid.

hemos citado mas arriba, se reexpresa en estos términos: “El grande obispo de Hipona usa de una gran reserva sobre este artículo. Mira como probable esta opinion, y hasta la siguió como tal en sus libros de la Ciudad de Dios. Mas de esto no se sigue que sepamos el tiempo del día último: porque, aunque es verdad que decimos que no durará el mundo mas allá de seis mil años; sin embargo no aseguramos que esto sea cierto (1).” “Desechamos, dice el sabio Genebrardo, el que se determine preciso y fijo el número de años; pero hablando en general, consideramos como verdadera la tradición del rabino Elías; porque en general no dejarán de manifestarla verdadera los sucesos, sobre todo habiendo enseñado lo mismo entre nosotros Lactancio y otros (2).”

Hemos visto que san Ireneo es del mismo parecer. Feu-Ardent en sus notas sobre este Padre se expresa así: “El sentir de san Ireneo sobre la duración del mundo, es apoyado y confirmado por tantos y tan grandes hombres, y se afianza en razones tan plausibles, que entraria en el mismo modo de pen-

(1) De Rom. Pont. lib. III, c. 3.

(2) Chronol. sacr. lib. 1, p. 4.

sar, con tal que no se pretenda poner límites al poder divino (1).” El célebre Malvenda añade: “Habiendo en general, aunque es incierto que el mundo no haya de durar mas que seis mil años, sin embargo no quisiera condenar esta opinion por la autoridad de los Padres que lo han escrito; porque no podré persuadirme jamás que estas grandes lumbreras de la Iglesia hubiesen emitido un modo de pensar como este sin gravísimas razones. Pero no por esto se puede saber con *certidumbre* el fin del mundo, porque es incierto el número de años que se han pasado desde su creación. Por lo demás ¿quién podrá negar que de algun modo pueda presentirse por ciertas *conjeturas probables* la consumacion de los tiempos (2)?”

Finalmente Cornelio Alápide resume en estos términos la imponente tradicion, que acabamos de exponer: “Este modo de pensar es tan general, dice el sabio y piadoso intérprete, entre los cristianos, los judíos, los paganos, los griegos y los latinos, que puede mirárseles como la antigua y comun tradicion: y siendo co-

(1) Feu Ardentius *in not. ad S. Iren.* lib. v, c. 28.

[2] Malvend. *de Antich.* lib. II, c. 23.

mun esta opinion es por lo mismo probable, con tal que no se determine el dia, ni el año. (1)

Siendo esto así: al hombre que se preocupa por ella, y que la adopta dentro los límites de la prudencia ¿puede acusársele de espíritu crédulo y débil? A la verdad que si esto es un error, dirémos con el sabio Riccardi, es glorioso participar de él en compañía de tan grandes hombres, (2). La incertitud que se halla sobre este punto es debida á dos causas principales. La primera proviene de la diferencia de la cronología, por haber seguido unos la del texto Hebreo, y otros la de los Setenta: y la segunda, de la ignorancia en que nos hallamos de la época *precisa* de la fin del mundo, ya sea por razon de la data precisa de su creacion, ó ya porque Nuestro Señor Jesucristo ha dicho que los dias de la última prueba serian abreviados en favor de los escogidos.

(1) In Apoc. c, xx, 5.

[2] Se fosse anche un errore, é un bell' errare con tali nomini: *Il fin del mondo*, p, 39.

XVIII.

El mundo se precipita hoy al fin de su carrera, como acabamos de oír que nos lo dicen una multitud de Santos, de Doctores, de hombres graves y concienzudos de todos los siglos, de todos países y aun de todas las religiones. Y ¿qué imposibilidad hay en que sea así? ¿No hay por ventura una presunción de verdad en el comun acuerdo de tantos testigos sin tacha sobre un hecho de tal importancia? ¿No se tendrían por dichosos nuestros jurados, si en todas las causas que se someten á su exámen tuviesen pruebas como estas para formar su conciencia y apoyar su juicio? Añádase que esta tradición, de suyo tan respetable ya, parece se reviste de una nueva autoridad por lo que arrojan los sucesos de la historia moderna.

En el libro profético, dejado á la Iglesia como una antorcha, para dirigirla en los últimos tiempos de su penosa peregrinacion, se halla escrito: "Y ví otro Angel volando por medio del cielo, que tenia el Evangelio eterno para

"predicarlo á los moradores de la tierra, y á toda nacion, y tribu, y lengua, y pueblo: diciendo con una gran voz: Temed al Señor y dadle honra; porque vino la hora de su juicio. (1) — Tal vez vosotros lo ignorais: pues bien, ha venido ya ese Angel encargado de anunciar a mundo que se acerca su hora postrera.

Sobre la fin del siglo XIV apareció en España un personaje extraordinario, que habiendo sido santo y profeta desde su juventud, creció en medio del pasmo universal. El Espíritu de Dios descansa en él, y habita en su corazón inflamándole con un celo, que no se habia visto igual desde san Pablo; en su espíritu que ilumina con luces sobre el porvenir; en sus manos que siembran por millares los milagros; en sus labios por los que derrama una palabra la mas prodigiosamente poderosa que se halla jamás oído; y aun en su cuerpo que sostiene a pesar de su flaqueza extremada en medio de las mas ásperas austeridades, y mas penosas fatigas. Ser sobrehumano, aunque es verdaderamente hombre, rehúsa constantemente las dignidades que un Papa le ofrece con las mas vivas instancias: su vida es una oracion, un ayuno y una

1. Apoc. xiv. 6, 7.